



LAS
VACAS
FLACAS



editorial graviola

Derechos de autor:
Abraham Valera

Portada e ilustraciones:
Cristian Soto

Primera edición: julio 2021, Pamplona, España

www.editorialgraviola.com
editorialgraviola@gmail.com

ISBN: 978-84-122932-4-1
Depósito legal: DL NA 1594-2021

LAS VACAS FLACAS

ABRAHAM VALERA

editorial graviola

*Y aunque todos se opongan,
tratar de reír*

Héctor Lavoe

Marcadoras







Sobre la acera hay varios ramos de flores amontonados, uno sobre otro, y junto a ellos están sentadas las tres frente a la carretera de tierra. La mayor, de doce años, se levanta apenas escucha un carro acercándose. Recoge un ramo para hacerle señas al vehículo cuando aparece. Cualquier turista —todos los que pasan por esa carretera, a medio camino entre la capital y la playa, lo son— va a sentir lástima por esas tres niñitas descalzas que venden flores y se va a detener. El carro frena junto a la chica, cuya cara brilla por el reflejo del sol en los rines cromados y en la carrocería. El vidrio baja y ella aprovecha para ojear el interior mientras el conductor pregunta por el precio del ramo. “Mil”, responde la niña y señala a las otras dos muchachas, que se paran de un salto y se acercan, “pero si quiere le hago dos por uno, que tengo muchas y no quiero que se mueran”. El conductor sonrío y asiente. Ella imita el gesto, la más pequeña vuelve a la acera para recoger el segundo ramo. Del carro sale una mano que le entrega diez billetes de cien a la más grande y recibe las flores. Antes de que el conductor pueda dar las gracias, las tres se alejan corriendo y se pierden entre las casitas

viejas pegadas a la carretera. Dos hombres en una moto llegan enseguida a reemplazarlas. Después de darle los buenos días, el que maneja le ordena al conductor que abra la puerta del copiloto para que entre el parrillero. Este ve la cara de susto del cliente cuando se sienta a su lado y le dice que no grite, que no salte, que se quede tranquilo y colabore para que no le pase nada. Entonces le indica que salga de la vía, tal como lo hace la moto.

La calle está sola y hay dos ramos menos en la acera. En unos minutos van a salir de nuevo las tres niñas a hacerle compañía a las flores, a esperar otro carro que se merezca el dos por uno.







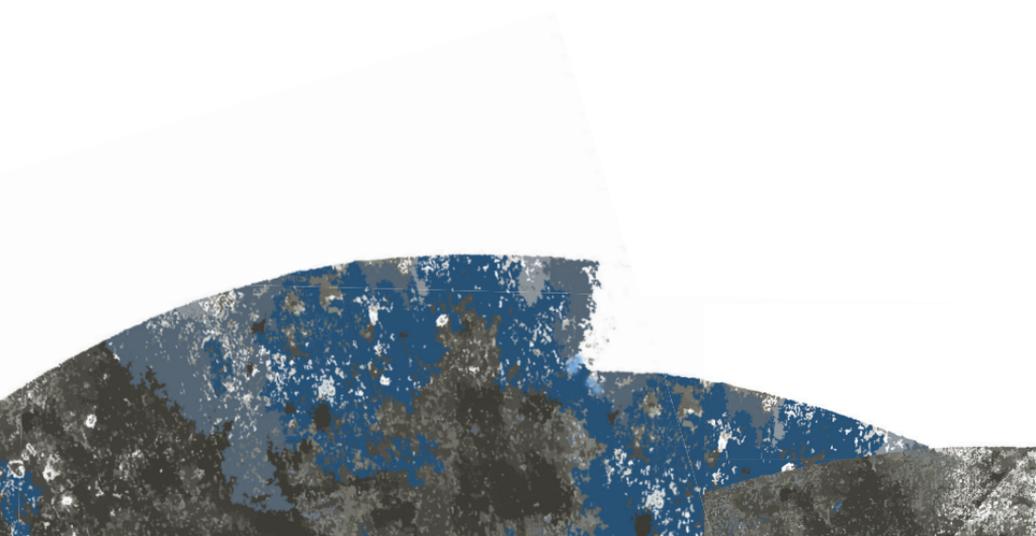
El gran varón





Agua que arrastra







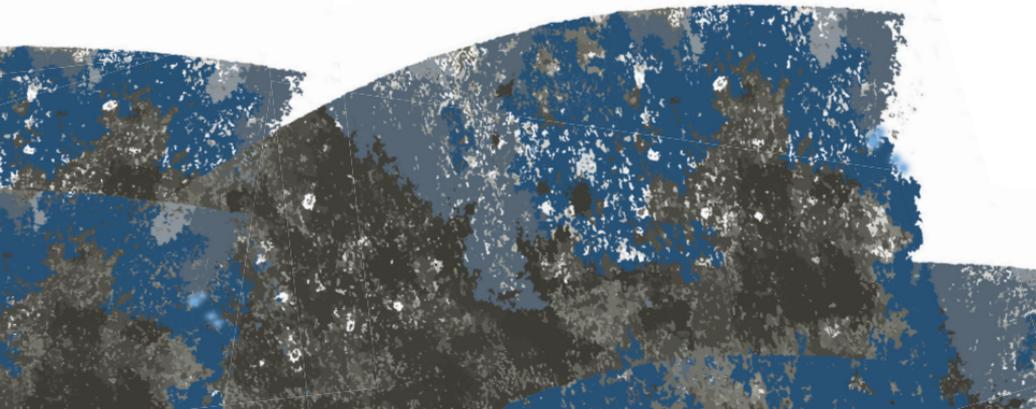
Hace años que no me sentaba frente a una tormenta tan recia. La granizada está pegando tan duro que parece que va a partir el techo. Lo que me da lástima es el terrenito. Todas las matas están desparramadas por el suelo, reventadas por el temporal. El maizal se perdió y no se puede hacer nada. Sí es verdad que contra la naturaleza no queda más que rezar.

Dice mucho la gente que a la tierra hay que tratarla como a los hijos. Eso es lo que le enseñó mi abuelo a mi mamá. También lo que mi mamá me enseñó a mí cuando hablaba con las matas, cuando les cantaba. Ella trabajó este campo hasta que se murió, no salió de él más que para llevarme a conocer el mar cuando yo tenía tres años. “Aunque sea pa’ una sola vez, mijo”. Y lo conocí muy bien.



Mi mamá me tenía cargado, el agua le llegaba a la cintura. Yo le agarraba el cuello con un bracito y le apretaba las costillas con las piernas. Recuerdo la corredera de los niños, el barullo de chillidos. Yo solo reconocía la voz de mi mamá, que me leía los nombres de los peñeros que pasaban y se hacían chiquitos en ese azul salado y frío que no terminaba nunca.

Yo balbuceaba los nombres que ella decía: “Mi sueño”, “Idilio”, “Por San Ramón Nonato”, como yo. No podía creer que mi nombre estuviera ahí, anclado a lo lejos. Le dije a mi mamá que fuéramos “pa’ donde mi barco”. Ella me miró con ternura y empezó a caminar como si las piernas le pesaran cien veces más que cuando caminaba por aquí, que solo hay tierra y monte. Como mucho habrá dado dos pasos antes de que se embraveciera el mar. Le bailaron las piernas y trastabilló. El agua me llegó hasta el cuello y la agarré más duro, ella clavó los pies en la arena. Se levantó y quiso dar la vuelta, pero los maretazos no la dejaron. El agua, que ya le llegaba a la altura del pecho, bajó hasta su cintura otra vez. Entonces escuché un rugido pegado a mi oreja



que me hizo llorar. La ola chocó con el vientre de mi mamá y me separó de sus brazos.

Mientras estuve en el aire, escuché un grito que se apagó de golpe cuando me tragó el mar. Ahí quise llamar a mi mamá, agarrarme a ella. Comencé a patallar. Me batuqueó la corriente y, por mucho que intentara salir, lo que hacía era dar vueltas como trompito en el aire, y cerré los ojos.

Entonces vi mis ojos cerrados. Me vi las piernas y los brazos extendidos. Los pelos como hilos de mecate flotando, meneándose lento bajo el oleaje. Estuve frente a frente con mi silueta, pequeña y brillante. Mi cuerpo bloqueaba un destello de luz solar. Era negrito y lo rodeaban halos dorados, como las piedras de azabache que le ponen a los niños pequeños para protegerlos del mal de ojo. También veía la arena saltar desde el fondo del mar, como buscando el sol. Los granos iluminados parecían estrellas nadando hacia el cielo. Y entre esa claridad a mi alrededor escuchaba a lo lejos un murmullo que era mi nombre, un ruido parecido al eco que dejan los truenos cuando llueve más allá. Mientras

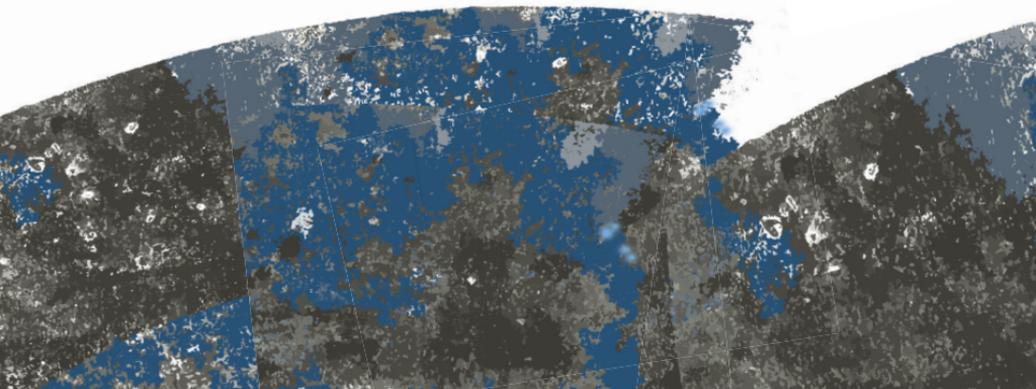


• Abraham Valera

tanto, yo flotaba ahí, quietico. Aquel montón de agua me mecía como lo hacía mi mamá, sin prisa. Me sentí arrullado y querido por el mar, como si me hubiese estado esperando toda la vida.

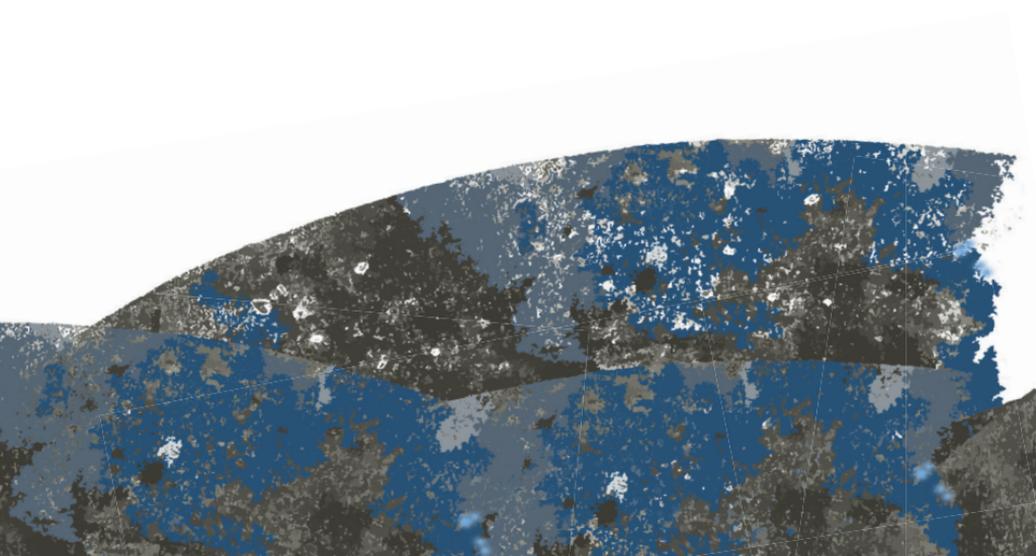
De pronto sentí un par de brazos que me levantaron como quien arranca una papa de la tierra y me pusieron de nuevo entre los brazos de mi madre. El murmullo se convirtió en griterío y de repente no había ni cabellos flotando ni brillo ni estrellas, solo una brisa que me heló el cuerpo. Apreté fuerte el cuello de mi mamá, agarré aire. Ella lloraba desesperada, dándole las gracias al gentío que nos veía con lástima y alivio. Yo lloré porque estaba llorando ella. Por el desespero. Aunque ahora, echándole cabeza, pienso que lloré también porque ya sabía que esa calma que sentí allí abajo no la volvería a sentir. Mi mamá no dejó de besarme ni de pedirme perdón hasta que estuvimos fuera del agua. Mientras nos alejábamos, pude echar un último vistazo a ese mar que se veía tan manso.

Lo más cerca que he tenido el mar desde entonces ha sido en medio de estas tempestades, cuando las go-

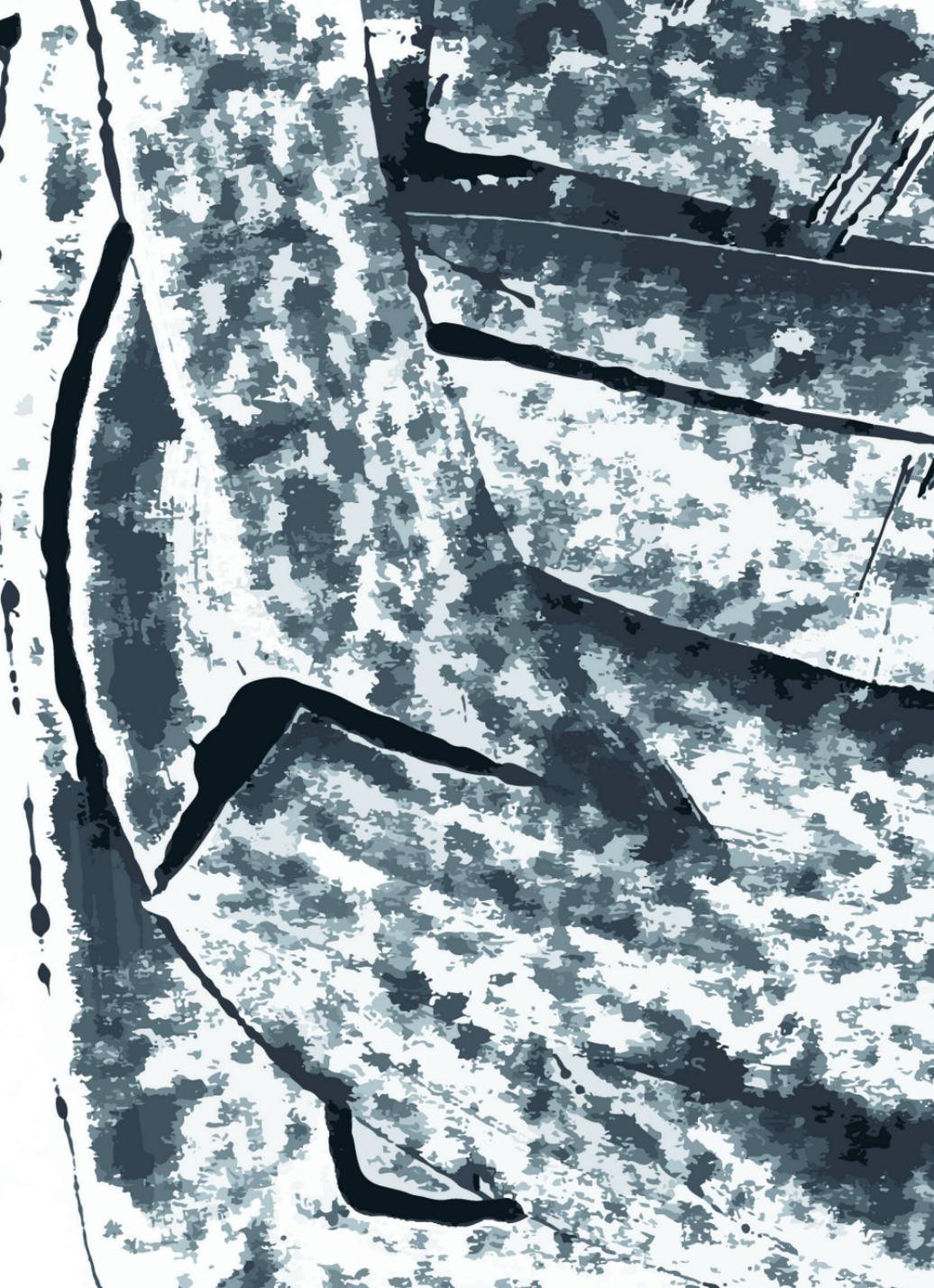


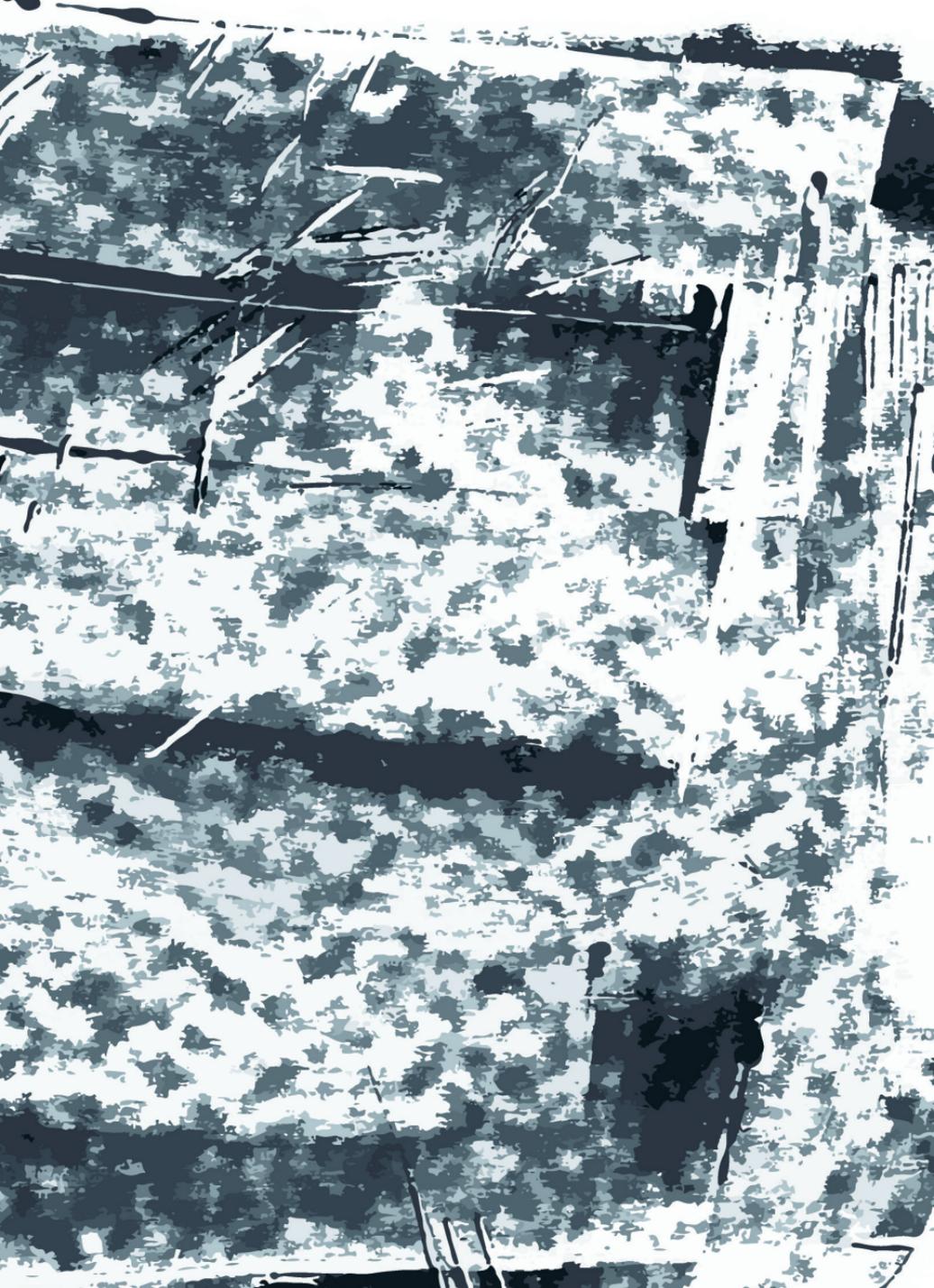
tas caen venteadas y me refrescan la cara y el pecho. A veces me descamiso y me recojo los ruedos del pantalón. Me gusta sacar la silla de paja al porche para contemplar el velo que crea la lluvia cuando atraviesa el aire mientras le pido a San Isidro Labrador que quite el agua y ponga el sol. Poco más puedo hacer. Mañana saldré a ver si sobrevivió alguna matica, aunque sé que no.



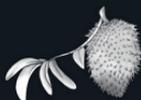








Los relatos de *Las vacas flacas* ocurren entre las fronteras de un país que se desarma, con viejas glorias que han perdido su brillo y protagonistas que se encuentran en una lucha diaria por mantener su vida y su dignidad. Los símbolos cotidianos, una narración sobria y el peso de una realidad hostil se unen para diagnosticar toda una sociedad.



editorialgraviola.com